

satisfecho.» Tomás no respondió. Los que le rodeaban dijeron: «El rey se ha humillado bastante.» Y Luis VII, volviéndose hacia Becket: «Señor arzobispo, dijo, ¿queréis ser más grande que los santos y mejor que Pedro? ¿Qué esperáis? La paz está en vuestras manos.» El arzobispo abre finalmente la boca: «Nuestros padres sufrieron por no callar el nombre de Cristo; y yo, para volver a la gracia de este hombre, ¿he de perjudicar al honor de Dios? Jamás.»

Luis VII continúa, sin embargo, dando hospitalidad al arzobispo. Había concluido con Enrique II, sobre la cuestión del Poitou y Bretaña, en esta misma asamblea de Montmirail, convenciones que el rey de Inglaterra violó. Entonces el rey de Francia se prosternó piadosamente a los pies de Tomás Becket y le dijo: «Padre mío, estábamos ciegos: sólo vos habéis visto claro: excusadme y perdonadme.» Sin embargo, a fines de 1169, reanudaba su papel de mediador. El 18 de diciembre los dos adversarios se encontraban nuevamente en Montmartre. Enrique II prometió recibir al arzobispo en su reino y devolverle sus funciones en las condiciones en que sus predecesores las habían mantenido, anticipándole una suma de mil marcos para preparar su regreso. Becket pidió 30.000 marcos, y cuando Enrique hubo cedido, le pidió el beso de paz. «De grado os lo otorgaría, dijo el rey de Inglaterra, pero he jurado públicamente que jamás daría beso de paz al arzobispo de Cantorbery.» Y habiendo declarado Luis VII que, «así le dieran el peso de su cuerpo en oro,» Becket no podía entrar de nuevo en Inglaterra sin ese beso, Enrique no cedió, y todo volvió a quedar deshecho.

Por fin, en una tercera entrevista, la de Ferté-Bernard (20 de agosto al 22 de julio de 1170), Enrique acogió al arzobispo con tales muestras de amistad y respeto, que sorprendieron a los asistentes. Discutió largamente y sin cólera con él, satisfaciendo a todas sus peticiones. Cuando Becket descendió del caballo para arrodillarse delante del rey, éste le levantó por sí mismo, le aguantó el estribo y le dijo, casi con lágrimas en los ojos: «Vamos, señor arzobispo, devolvámonos mutuamente nuestra antigua afición, hagámonos uno al otro el mayor bien que podamos, y olvidemos el pasado.»

¿Había juzgado prudente Enrique II terminar un conflicto que se embrollaba cada vez más? ¿Temía una intervención más enérgica que la del papa en favor del arzobispo, ó bien quería atraer a Becket a Inglaterra para entregarle a su justicia? Se ignora. Pero habiendo Becket, apenas vuelto a Cantorbery, sembrado por todas partes la turbación con sus reivindicaciones y excomuniones, el rey, abrumado de quejas contra él, dejó escapar un día de su boca, en el castillo de Bur, cerca de Bayeux, donde se encontraba en diciembre de 1170, estas palabras: «Un hombre que ha comido de mi pan, que vino pobre a mi corte y a quien yo he puesto por encima de todos, ahora levanta su talón para herirme en los dientes y envilecer mi reino y mi raza. Tengo mi corazón lleno de amargura. ¿Nadie sabrá vengarme de este clérigo?»

Cuatro de sus caballeros oyeron la frase y se embarcaron. El 29 de diciembre el arzobispo de Cantorbery era degollado en su iglesia al pie del altar. Averiguóse que los asesinos no habían recibido otra misión del rey sino forzar a Tomás a comparecer delante de su justi-

cia; pero la opinión acusó de complicidad al rey de Inglaterra. El rey de Francia, sus clérigos y sus barones reclamaron del papa el castigo. No se prestó fe a las protestas de Enrique II ni al dolor que parecía sentir, hasta el punto de encerrarse en su cámara y permanecer en ella tres días sin ver a nadie y casi sin comer.

Sin embargo, su peor enemigo no hubiera podido deseárselo una desgracia mayor que el asesinato de Tomás Becket. El arzobispo asesinado se convirtió en el santo más popular de Inglaterra. Los milagros se multiplicaron sobre su tumba. Toda la Europa cristiana se indignó contra el crimen. Enrique II se vio obligado a humillarse. Renunció por juramento a las constituciones de Clarendon y reconoció los derechos del papa sobre la Iglesia de Inglaterra; aumentó los privilegios y dominios del arzobispado de Cantorbery, se comprometió para la remisión de su pecado a hacer un viaje a Tierra Santa, y concluyó por cantar su palinodia públicamente sobre las reliquias del santo.

¿Sería justo atribuir al rey de Inglaterra la sola responsabilidad de la lucha y de las desgracias que produjo? Ciertos privilegios del clero, entre otros su inmunidad judicial, eran incompatibles con las necesidades, no diremos ya de una monarquía absoluta, pero de todo Estado regularmente organizado. Becket hizo más que defender sus derechos legítimos: quiso igualmente mantener un sistema de abusos contra los cuales comenzaba ya la conciencia pública a rebelarse obscuramente. Es necesario abstenerse de juzgar únicamente a Tomás Becket bajo el aspecto sentimental de piadosos entusiasmos de que la Edad media hizo testimonio al llamado «mártir de Cantorbery.»

V.—Luis VII y la extensión del poder moral de la realeza (1)

La derrota y la humillación del rey de Inglaterra eran una victoria para el rey de Francia. Luis VII parecía nuevamente haber roto con la mala fortuna. La reina Adela de Champaña le había dado en 21 de agosto de 1165 el hijo esperado hacía veintitún años.

Un estudiante de París, Pedro Riga, nos cuenta en un poemita latino las escenas que se desarrollaron en palacio y en la ciudad la noche del nacimiento: palatinos y burgueses esperando febrilmente el parto de la reina; ésta llorando de gozo al dar a luz un niño, y la gran noticia corriendo de boca en boca en seguida del acontecimiento, «porpue aun cuando estuviera cerrada la cámara real, los impacientes hallaron manera de observar por una rendija y ver al niño.» París despierta; calles y plazas se inflaman de antorchas y de cirios; las iglesias se abren a son de trompeta, las campanas repican locamente. Un capellán hace volar la noticia por

(1) FUENTES.—Correspondencia de Luis VII, en el tomo XVI de los *Historiens de France*, y Luchaire, *Etudes sur les actes de Louis VII*, 1885.

OBRAS DE CONSULTA.—Luchaire, *Histoire des institutions monarchiques de la France sous les premiers Capétiens*, segunda edición, 1890, tomo II. E. Petit, *Histoire des ducs de Bourgogne de la maison capétienne*, tomo III y IV, 1891. Dom Vaissète, *Histoire générale du Languedoc*, edición Privat, 1874-1889. Fournier, *Le Royaume d'Arles et de Vienne*, 1891. A. Leroux, *Le massif central*, 1898, tomo I. Roucaute, *Qua ratione et quibus temporibus fines domini regii in Gabalitano constituti sint*, 1900, etc.

los monasterios. Llega a Saint-Germain des Prés en el preciso momento en que los monjes entonaban maitines: «Benedicid al Señor, al Dios de Israel, porque ha visitado a su pueblo.» Ese mensajero de bendición es recibido con entusiasmo y los regalos llueven a sus pies. Un estudiante inglés, el futuro historiador Giraud de Barri (tenía entonces unos veinte años), dormía profundamente cuando despertó por el ruido y por las iluminaciones de la calle. Salta del lecho, corre a su ventana y advierte a dos pobres viejas que con cirios encendidos gesticulaban y corrían como locas. Les pregunta la causa de toda aquella agitación: «Tenemos un rey, que Dios nos ha dado, responden ellas; un soberbio heredero real, de cuya mano vuestro rey recibirá algún día vergüenza y amargura.»

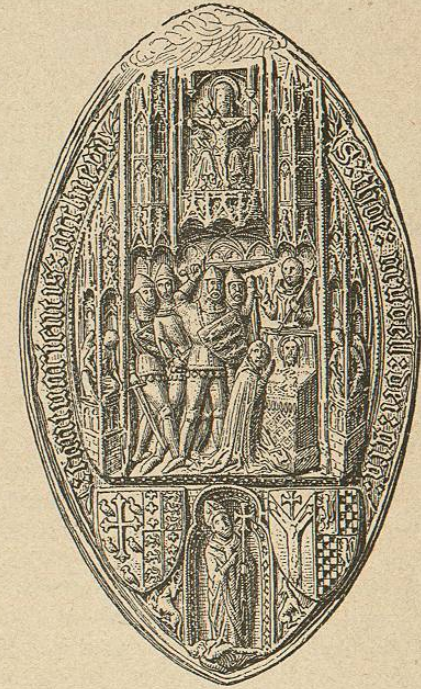
Respetemos la profecía, que indudablemente copió el autor después de oírlo como testimonio de la afición que en aquellos tiempos sentía el pueblo por sus reyes. Obispos, monjes, municipios, enviaron a Luis VII felicitaciones. Todavía se conserva una carta en que el rey da gracias al Señor y recuerda ingenuamente «cuán aterrizado estaba del número de sus hijas y con cuánto ardor él y su pueblo esperaban y deseaban el nacimiento de un hijo perteneciente a un sexo más noble.»

Enrique II había seguramente contado en beneficio suyo ó de su hijo mayor, prometido de una hija de Luis VII, con la eventualidad en Francia de una sucesión toda femenina. En 1169 volvía con Luis de la conferencia de Montmartre cuando le trajeron al diminuto príncipe francés, de edad de cuatro años entonces. El rey de Inglaterra le contempló con aire contrariado, y diciéndole algunas palabras, apresuróse a volver grupas. Pero el niño le amonestó y le suplicó que «amara a su padre, a Francia y a él mismo, a fin de obtener por esto las bendiciones del Señor y las de los hombres.» El propio Tomás Becket, testigo ocular, explica el hecho en una de sus cartas: «Parece, añade, que Dios inspirase aquel día el espíritu y la lengua de aquel niño escogido.»

El rey de Francia tenía sobre su rival de Inglaterra una superioridad moral cuyos efectos son palpables. Imponía el respeto por el carácter semirreligioso de su función, por el patronato ejercido sobre los frailes y clérigos y por su íntima alianza con el Papado legítimo. Sacaba igualmente provecho del recuerdo vivo todavía de los Carolingios, de los cuales se decía y era tenido por heredero directo. Representaba todo ese glorioso pasado que llenaba entonces las imaginaciones é inspiraba a los poetas. Finalmente, las poblaciones, por lejanas que estuvieran de París, comenzaban a adquirir, aunque vagamente, el sentimiento de la unidad moral del país francés; se reconocían partes de un cuerpo de que el rey de Francia debía ser cabeza. La correspondencia de Luis VII está llena de testimonios de esta solidaridad, más fuerte mil veces que el lazo feudal. De aquí en gran parte nace el que la casa real de los Capetos haya continuado en marcha progresiva, a pesar del poderío de los Plantagenets.

Este progreso es, naturalmente, poco sensible en el Oeste, en que Luis VII no pudo hacer otra cosa que sostener las rebeliones de enemigos ó vasallos del Plantagenet, por alianzas de pura conveniencia, tan pronto concluidas como violadas. En Bretaña apoya a uno de

los numerosos pretendientes al ducado y mantiene alguna que otra relación con los obispos; pero si los bretones (sobre todo los de la región céltica) resisten a Enrique II, no es en modo alguno por sentirse afectos a Francia. En la Edad media su ideal será siempre conservar su independencia. Procede, sin embargo, de ese país, en tiempos de Luis VII, una de las más curiosas pruebas de prestigio otorgado a la persona del rey: una especie de declaración de amor dirigida al rey por una princesa bretona, Constanza, hija de Alaíno, conde de Richemond. Escribele la princesa que jamás le ha olvi-



Asesinato de Tomás Becket. (Sello del arzobispado de Cantorbery, que se conserva en el archivo del Estado de Berlín.)

dado, que muchos hombres han venido a ofrecerle presentes de amor, pero que ella no ha aceptado ninguno. «Si place a vuestra liberalidad, añade, envíadme vos a mí, que os amo más de lo que pueda decirse, algún emblema amoroso, un anillo ó cualquier otro recuerdo, que yo he de tenerlo por más precioso que todo el oro del mundo.» Dice después que le ha enviado un mensajero y que le da gracias por haberle otorgado buena acogida. «Si existe, continúa, en nuestra región alguna cosa que pueda ser de vuestro gusto, un gavián, un perro, un caballo, no vaciléis en hacérmelo saber por el portador de esta carta. Sabed que si la fortuna no me sonrre, estimaré en más casar con el más humilde de vuestros servidores que con el rey de Escocia, y lo probaré. Tan pronto como mi hermano el conde Conán regrese de Inglaterra, iré a Saint-Denis para hacer mis devociones y al mismo tiempo para tener el placer de veros. *Valete ut valeam* (1).»

Si Luis VII perdía terreno en sus provincias occiden-

(1) Eruditos hay que han pretendido deducir de esta carta que la novelesca bretona trataba de casar con el rey, y atribuyen su dulce billete a uno de los períodos de viudedad por los que pasó Luis VII, en 1154 ó en 1160. Nada menos cierto. Trátase tal vez sencillamente de una de esas pasiones poético-platónicas que unían a una linajuda dama con el caballero de su elección y daban

tales, crecía en relaciones con la Francia del Este y del Mediodía.

Relaciones íntimas habían existido en todo tiempo entre la casa real, el arzobispado de Reims y el obispado de Chalón-sur-Marne. El gobierno de París encontraba en ellos un sólido punto de apoyo contra las hostilidades de los altos feudatarios de esa región y principalmente de los condes de Rouci y de Champaña. Luis VII estuvo asegurado durante largos años en el arzobispado de Reims por la elección de su hermano Enrique. Su autoridad no estaba atestiguada en Chalóns. Pero el obispo Guido reconoce que le debe su elevación al episcopado, é invoca su auxilio, ya contra Gerardo, su procurador ó vidamo en Chalóns, ya contra la burguesía de esta ciudad, á la cual impedía el rey organizarse en municipio. Cuando hay agitaciones en la villa, Luis VII es el recurso del clero, como un verdadero señor del país. En 1164 el abad de Saint-Menge le suplica que venga en persona á aportar la paz. «Vos nos enviáis legados, dice, pero vienen y no saben hacer nada. Tienen que marcharse seguidos de las burlas de ciertos personajes. Todo el mundo exclama: «¿Dónde está el rey nuestro señor y cuándo vendrá á socorrernos?» Pero la acción del gobierno real se extendía mucho más lejos todavía: en la dirección del Norte, sobre los obispados de Arras, de Terouanne y de Tournai. El obispado de Cambrai y aun los preladados de Lorena, entre otros el de Toul, empezaban entonces á aproximarse á Francia, de la que invocaban el apoyo contra las pretensiones del duque de Lorena.

En Borgoña los obispados y muchas abadías dependían de la corona de Francia. En las disputas ó debates que ocurrían en Langres era árbitro la justicia del rey francés. Estos lazos estrechábanse todavía más cuando en 1179 Luis VII se compromete, en su nombre y en el de sus sucesores, á no dejar nunca la ciudad de Langres, ni otra alguna de las posesiones del obispado, separarse del poder real. El rey de Francia se encuentra como en casa propia en las ciudades episcopales de Macón y de Chalón-sur-Saone. Todos los preladados borgoñones buscan ocasión de proclamar en voz alta su adhesión á la dinastía y de reconocer que sus tierras son propiedad del rey. «Acordaos, dijo el abad de Cluni á Luis VII en 1166, que vuestro reino no se compone solamente de la Francia, aun cuando de ella especialmente lleve el nombre. También la Borgoña es vuestra. No debéis velar menos por ésta que por aquélla.»

Si el clero de Borgoña no deja de reclamar insistentemente la presencia del soberano, es porque quiere escapar á las persecuciones de los nobles. El duque de Borgoña es el enemigo jurado del obispo de Langres: los condes de Chalón y de Macón siembran constantemente el terror en esas diócesis y tiranizan la abadía de Cluni. El rey cita á su tribunal á todos los perturbadores de la paz pública: los juzga y los condena. Pero esas sentencias no tienen valor si no van seguidas de la fuerza que las asegura. Luis VII visita varias veces la Borgoña acompañado de su ejército. En 1166, para vengar la carnicería hecha en los habitantes de Cluni, fué á

lugar á un cambio de prendas de amor, sin que el matrimonio de la persona amada fuera obstáculo. En realidad, Constanza no fué ni reina de Francia ni reina de Escocia. Casó con un noble de su país: Alaino III, señor de Rohán.

combatir al conde de Chalón y consiguió despojarle de su feudo. Estas ejecuciones indudablemente no fueron lo bastante numerosas para mantener por mucho tiempo el orden; pero lograron, por lo menos, acostumbrar á los señores de esta región á tener en cuenta la autoridad del rey de París. Luis VII se esforzaba de esta manera en hacer adicta á la casa real francesa esta parte neutra del país, que el imperio germánico á su vez procuraba conservar bajo su dependencia.

Los duques de Borgoña trataban de escapar á los dos soberanos, que desigualmente se repartían su feudo. Pero Luis VII encontró el medio de debilitar esta casa, favoreciendo las diferencias que surgían entre sus miembros. Amparó á la duquesa viuda María contra su hijo Hugo III y reivindicó para la corte real el conocimiento en su proceso. Contra los feudales imperialistas de Macón y Chalón aseguró la alianza y fidelidad de los de Forez, Beaujolais y Lyonesado. El conde de Forez Guigue III le hizo solemnemente homenaje de todos sus feudos, aun de los que, decía él, «no habían nunca dependido de nadie.» Humberto, señor de Beaujeu, siguió el ejemplo de su vecino.

La influencia del rey de Francia comenzaba á dejarse sentir aun sobre aquellas partes del imperio antiguo de Borgoña que dependían del emperador, como Bresse y Bugey, el Delfinado y hasta Vivarais. Una visita de Luis VII á la Gran Cartuja, poco antes del 1163, fué el punto de partida de sus relaciones con los señores laicos y eclesiásticos de esta región. Se ve al obispo de Belley, Antelmo, escribir al rey para recordarle su entrevista y recomendarle á su sobrino estudiante en París. Renato de Bagé, señor de Bresse, ofrece declararse su vasallo si quiere prestarle auxilio contra sus enemigos: «Venid, le dice, á este país en que vuestra presencia es necesaria á la Iglesia y á mí. No temáis por el gasto: yo os reembolsaré de vuestros estipendios; yo recibiré de vuestra mano todos mis castillos que no tienen señor; en una palabra, todo lo mío será vuestro.»

El casamiento de Tallafarro, hijo del conde de Tolosa y de Constanza, hermana de Luis VII, con la hija del Delfín del Viennois, puso á la casa real de Francia en relación con un país del Imperio que hasta entonces había permanecido casi extranjero á la dinastía de los Capetos. Luis VII, dando su aprobación al matrimonio de su sobrino, no dejó de escribir á la condesa, madre del Delfín, y á los principales jefes de su región. El conde de Tolosa le hizo notar con razón que había en todo esto una puerta abierta á la introducción de la dominación francesa y del poder real en ese lejano país. Los religiosos de la Gran Cartuja manifestaron á Luis VII toda la alegría que les causaba este acontecimiento, en que, decían ellos, «no podían menos que reconocer la mano de Dios.»

Finalmente, el rey de Francia no desperdió ninguna ocasión de atraer á sí la ciudad de Lyon. Favoreció la elección del abad de Potigni, Guichard, defendido como arzobispo de Lyon por el papa Alejandro III. Tomás Becket escribió á Luis VII en 1165 para manifestarle la esperanza de que este prelado continuaría siéndole fiel y se esforzaría en someter, como era justicia, á su dominación, no solamente su ciudad arzobispal, sino todo el país vecino.» Para concluir la unión de Lyon al reino de Francia eran necesarios todavía los esfuerzos

de muchas generaciones de soberanos; pero el camino estaba preparado.

En el centro del reino y en la región de las grandes mesetas y montañas que separan el Loira del Garona, los señores feudales están por el rey de Inglaterra; pero el clero, sobre todo los frailes, buscan la protección del rey de Francia. Los canónigos de Clermont, el capítulo y los burgueses de Brioude le llaman á su lado para que les preste auxilio contra las persecuciones del conde de Auvernia ó de sus aliados. El abad de Manlieu le recuerda que su abadía ha sido fundada por sus predecesores, los carlovingios, y le reverencia «como su señor único después de Dios.» El abad de la Chaise-Dieu le escribe: «Os damos gracias por la inefable afección que no habéis dejado de manifestar en palabras y actos hacia nuestra persona y nuestra Iglesia. Sabed que en todos los sacrificios, salmos, cánticos é himnos espirituales, ofrecidos por nosotros á Dios todos los días, vuestro recuerdo tiene un buen lugar. Y nós obramos así por dos razones: primero, porque vos sois nuestro señor; luego, porque vos sois nuestro cofrade.» Efectivamente, el rey de Francia, por tradición era monje ó canónigo de honor en muchas iglesias. Igualmente formaba parte del clero. Por eso responde al llamamiento de los perseguidos. Por dos veces (1163 y 1169) vuelve á hacer entrar al conde de Auvernia en sus montañas y le tiene algún tiempo prisionero. Defensor de Nuestra Señora de Pui y de sus peregrinos, se interna en el Velai persiguiendo á los vizcondes de Polignac, bandidos incorregibles, que consigue igualmente encarcelar (1173). Diríase que únicamente tuvo energía para hacer obra piadosa y proteger la «Santa Iglesia.» Al mismo tiempo otorga privilegios y prerrogativas á los obispos y abades de Auvernia. Brioude, le Pui, Aurillac, Mauzac, Cusset, obtienen de Luis VII la renovación de diplomas imperiales y reales confirniéndoles inmundidad.

Los condes de Nevers estaban en perpetua hostilidad con todas las iglesias cuyas posesiones lindaban con su feudo. En Auxerre, como en Vezelai, amparaban á los burgueses contra los clérigos y no perdían ocasión de entrar á saco en tierras de iglesia. A las súplicas del abad de Vezelai, Luis VII demanda en la asamblea de Moret (1166) al conde de Nevers, Guillermo IV, y le reprocha su modo de obrar: «Los derechos que poseo sobre la abadía de Vezelai, responde el conde, los recibí de mis abuelos en feudo de vuestros antecesores.— Si es verdad, responde el rey, que mis abuelos dieran este feudo á los tuyos fué, sin duda alguna, para que la abadía encontrara en ellos defensores, no opresores.» El abad á su vez se dirige al rey: «Lo que el conde dice de la cesión hecha á sus abuelos por vuestros predecesores no puede sostenerse. He aquí, en efecto, los privilegios que establecen la libertad del monasterio y le declaran exento de toda servidumbre y de toda sumisión á cualquiera autoridad. Yo dejo, sin embargo, en vuestras manos estos privilegios, así apostólicos como reales, junto con la propia abadía de Vezelai; disponed de todo según las conveniencias de vuestra justicia.» Pero habiéndose negado el conde de Nevers de distintas maneras á aceptar la sentencia del tribunal del rey, fué necesario que Luis VII, para obligarle á ceder, le amenazara con una expedición al Nivernés.

Una sola casa señorial entre los diversos grupos feudales del valle del Loira acogió favorablemente las maquinaciones del poder central: la casa de los señores de Borbón, á la que unían desde mucho tiempo lazos de parentesco con los Capetos. La influencia de Luis VII sobre esta parte de territorio hubiera sido más pronta y eficaz sin los embarazos que Enrique II le creaba. Este último, reclamando sobre Auvernia y la parte occidental de Berri la soberanía ejercida por los antiguos duques de Aquitania, apoyó naturalmente las rebeliones de los feudos locales contra el rey de Francia.

En el Langüedoc, por sus relaciones con los abades y con los obispos, se insinúa hasta el corazón del país. No queda iglesia, por pequeña que sea, en el fondo de los Cevenas meridionales ó de los Pirineos, que no trate de comunicarse con él. El prior de Saint-Pons de Tomières le pide recomendaciones cerca del papa. Un abad de Escalé-Dieu en Bigorra le suplica le haga devolver el dinero que un castellano le ha robado. El obispo de Maguelonne le da gracias por haber acogido bien á sus mensajeros y protesta de su adhesión «á la persona real y al reino.» El arzobispo de Narbona deplora «como la mayor de las desgracias» no conocerle personalmente. El abad de Saint-Gilles le escribe: «Todas las veces que la bondad de vuestra majestad real se digna visitarnos por medio de sus enviados ó de sus cartas, llenos de inmensa alegría, consideramos y tenemos esto por el mayor de los presentes. Vuestra gracia magnífica nos ha hecho tranquilos y felices, tenemos confianza en vuestros beneficios y esperamos de vuestra protección más que de la de cualquier otro mortal. Por eso nos empleamos en plegarias cotidianas para que la divina clemencia os mantenga en paz y os otorgue el largo reinado que reclama la felicidad de todos. Siempre con el deseo de recibir noticias vuestras, enviamos el presente mensajero, nuestro castellano, á la dulzura de vuestra majestad, haciéndole notar que tarda un poco en venir á vernos.» Después le da cuenta del regalo que le envía: «una libra de clavo de especia, una libra de nuez moscada, tres libras de cardamomo, una libra de jengibre, tres libras de canela, etc.» «Si deseáis más ó si alguno de nuestros productos os agrada, no vaciléis en hacerlo saber á vuestros súbditos fieles.» Iguales protestas de amistad y ofrecimientos iguales de servicio se ven en la carta de Artaud, obispo de Elna, situado en los últimos confines del reino. «Vuestra iglesia está muy lejos, le responde amablemente Luis VII; pero vosotros estáis muy cerca en nuestra afección, y nuestro único deseo es demostrarlo.»

En 1191 llega á París, desde el fondo de los Cevenas, un obispo venido ex profeso para prestar al rey juramento de fidelidad, el obispo de Mende, Aldaberto de Tournel. Se le hace una solemne recepción. Luis VII le otorga una carta sellada con bula de oro, distinción insigne, y en su preámbulo celebra por un modo pomposo la alianza inesperada de la casa real de Francia con iglesia tan lejana: «Estaba fuera de la memoria de todos los mortales de nuestro tiempo el que un obispo de Gevaudán viniera á la corte para hacer acto de sujeción y fidelidad ante uno de mis predecesores. En esta tierra montañosa y de difícil acceso, los obispos habían ejercido siempre, no sólo su poder eclesiástico, sino hasta el derecho de juzgar la iniquidad y de castigar

